

RAYMOND CRAIB

Santiago subversivo 1920

Anarquistas, universitarios y la muerte
de José Domingo Gómez Rojas



Santiago subversivo 1920

Anarquistas, universitarios y
la muerte de José Domingo Gómez Rojas

Raymond Craib

Traducido por Pablo Abufom Silva



© **LOM ediciones**

Primera edición, diciembre de 2017

Impreso en 1.000 ejemplares

ISBN IMPRESO: 9789560010117

ISBN DIGITAL: 978-956-00-1317-0

edición original

*The Cry of the Renegade: Politics and Poetry in Interwar
Chile*

Imagen de portada:

Alimento para el alma: la concentración en la Alameda de
las Delicias organizada por la AOAN,
el 22 de noviembre de 1918. Cortesía del Instituto
Internacional de Historia Social.

Las publicaciones del área de
Ciencias Sociales y Humanas de LOM ediciones
han sido sometidas a referato externo.

Edición y maquetación

LOM ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Teléfono: (56-2) 2860 68 00

lom@lom.cl | www.lom.cl

Tipografía: *Karmina*

Registro: 211.017

Impreso en los talleres de LOM
Miguel de Atero 2888, Quinta Normal
Impreso en Santiago de Chile

Agradecimientos

Este libro lleva mucho tiempo escribiéndose. Recibí un importante apoyo financiero del Dean's Fund del College of Arts & Sciences de Cornell, del Franklin Grant de la American Philosophical Society y del Institute for the Social Sciences de Cornell y quien fuese su director, Ken Roberts.

Algunos fragmentos del capítulo 1 aparecieron en español en *Martirio, memoria, historia: Sobre los subversivos y la expulsión de Casimiro Barrios, 1920* (Santiago: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, Serie Signos de la Memoria, 2015) y en inglés («Anarchism and Alterity: The Expulsion of Casimiro Barrios from Chile in 1920», en Barry Maxwell y Raymond Craib, eds., *No Gods No Masters No Peripheries: Global Anarchisms*. PM Press, 2015), siendo publicado de manera ligeramente modificada en Geoffroy de Laforcade y Kirk Shaffer, eds., *In Defiance of Boundaries: Anarchism in Latin American History* (University of Florida Press, 2015). Se publicaron fragmentos iniciales del capítulo 2 con el título «Students, Anarchists and Categories of Persecution in Chile, 1920», en *A Contracorriente*, 8:1 (otoño, 2010).

Muchos colegas y amigos han contribuido a este proyecto leyendo capítulos, escuchando presentaciones, teniendo conversaciones espontáneas, compartiendo hallazgos de archivo o recomendando lecturas. Le agradezco (sin orden en particular) a Alice Michtom, Mary Roldán, Bert Altena, Constance Bantman, Michael Kidd, Jeannine Suzanne Routier-Pucci, Rebecca Tally, Dalia Muller, Camilo Trumper, Hal Langfur, Jonathan Ablard, Ricardo Brodsky, Roberto Brodsky, Robert Travers, Nancy Appelbaum, Nilay Özok-Gündogan, Barry Carr, Bruno Bosteels, Durba Ghosh, Karen Benezra, Gil Joseph, Claudia Verhoeven, Emilia Viotti da Costa, Tom Klubock, Barry Maxwell, Camille Robcis,

Lessie Jo Frazier, Jeff Gould, Kyle Harvey, Duane Corpis, Pablo Silva, Silvia Federici, Jim Scott, Danny James, Ryan Edwards, Josh Savala, Jennifer Jolly, María Cristina García, José Luis Gutiérrez Molina, Salah Hassan, Fouad Makki, Susana Romero Sánchez, Shelly Wong, Paul Nadasdy, Leonardo Vargas-Méndez, Neema Kudva, Bill Goldsmith, Ernesto Bassi, Alfonso Salgado, Marianne González le Saux, José Moya, Susan Gauss, Viranjani Munasinghe, David Ethridge, Guillermina Seri, Kirk Shaffer, Martin Oyata, Geoffroy de Laforcade, Heidi Tinsman, Consuelo Figueroa, Steve Hirsch, Ramsey Kanaan, Mark Overmyer-Velázquez, Charles Walker, Tori Langland, Marian Schlotterbeck, Lina del Castillo, Thom Rath, Andrej Grubačić, Federico Finchelstein, Carlos Forment, Jessica Stites-Mor, Shawn McDaniel y Kari Soriano. También recibí una excelente retroalimentación de parte de los y las asistentes al International Planning Series de Cornell en el College of Art, Architecture and Planning; del Departamento de Historia en la Universidad de Connecticut; de la European Social Science History Conference en Glasgow en 2012; del Hemispheric Institute of the Americas en la Universidad de California en Davis; de la conferencia *No Gods No Masters No Peripheries* en la Universidad de Cornell; del Institute for Comparative Modernities en la Universidad de Cornell; del Latin American Studies Program en la University de Miami; del Departamento de Historia en la Binghamton University; del Transnational Americas Working Group de the University of Buffalo; del taller «Desencuentros» en la Indiana University; del Janey Latin American Studies Program en la New School for Social Research; del New York State Latin American History Workshop; del Departamento de Historia en la University of British Columbia-Okanagan; y del Latin American Studies Program de la University of Bergen. Tuve la oportunidad de presentar parte de este trabajo en la Cátedra de la Memoria, en el Museo de la Memoria y los

Derechos Humanos en Santiago en 2014, y fue un honor. Agradezco a Ricardo Brodsky, Carlos Peña y Marc Chirnick por la cordial invitación y a Consuelo Figueroa por sus comentarios.

Me siento particularmente en deuda con algunos investigadores de Chile que están trabajando temas similares. Víctor Muñoz Cortés, Mario Araya, Santiago Aránguiz, Alberto Harambour, Pablo Abufom Silva y Eduardo Godoy Sepúlveda son la máxima expresión del apoyo mutuo. Nunca hubiese encontrado el gran archivo de actas de interrogatorios relacionados con Pedro Gandulfo sin la ayuda de Mario y de Víctor. Los parientes de algunos de los principales personajes de este libro fueron extraordinariamente amables y solidarios. Agradezco a Teresa Lonis, Jorge Andrés Barrios Pulgar, Odette Benavente, María Peñaranda Barrios, Graciela Gandulfo y Quena Blanco. Agradezco especialmente a Juan Luis Gandulfo y su familia, Victoria y Juan Pablo, quienes me recibieron amablemente en su hogar. Juan Luis respondió a mis múltiples preguntas, me envió una gran cantidad de material y me impulsó a seguir adelante con sus amables cartas y correos electrónicos. Otros que respondieron con generosidad a mis preguntas son William Sater, Rudolf de Jong, Melissa Sepúlveda, Sergio Grez, Mieke Izjermans, Oscar Ortiz, Miguel Silva, Rafael Sagredo y Fabián Pavez. Nunca conocí personalmente a Tomás Ireland y Juan Humberto Vera, pero sus correos con preguntas y muestras de apoyo me mantuvieron motivado. Mi investigación fue respaldada por la excelente asistencia de Ryan Edwards, Josh Savala, Jorell Meléndez-Badillo y Claudia Gilardona. Le agradezco a Kyle Harvey, quien me salvó de un desastre de última hora con algunas imágenes.

En Chile, el Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas, el Archivo La Revuelta, la Librería Proyección y *El Surco* han creado excelentes espacios políticos e intelectuales para el estudio del anarquismo. Estoy en

deuda con los archivistas del Archivo Nacional, el Archivo Nacional de la Administración, la Biblioteca Nacional del Congreso, el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, la Fundación Pablo Neruda y el Instituto Internacional de Historia Social en Ámsterdam. Agradezco particularmente a Claudia Tapia (en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional) y José Huenupi (en el Archivo Nacional).

El manuscrito completo fue leído por Karin Roseblatt, Paulo Drinot, Sasha Lilley y por lectores de la Oxford University Press, quienes ofrecieron extensos y excelentes comentarios. No he aceptado todos sus consejos, pero espero que vean reflejados sus esfuerzos. David Ethridge hizo los mapas a pesar de los plazos breves. Susan Ferber ha sido una editora ideal. Con mucha paciencia, me ha escuchado hablar de este proyecto por años. Cuando llegó el momento de llevarlo a cabo, hizo memoria de todas esas conversaciones y me ayudó a conducirlo adonde quería que llegase. Estoy muy agradecido con Maya Bringe por supervisar la producción del libro con tanta diligencia.

La Universidad de Cornell sigue siendo un lugar muy productivo y gratificante para trabajar, entre otras cosas debido a mis maravillosos colegas de Historia y el resto del campus. Agradezco especialmente a mis camaradas intelectuales Eric Tagliacozzo, Wendy Wolford, Barry Maxwell, Fouad Makki, Derek Chang, Chuck Geisler, Paul Nadasdy, Steven Wolf, Neema Kudva, Ernesto Bassi, Durba Ghosh, Suman Seth y Robert Travers. Estoy en deuda con el personal del Departamento de Historia (Katie Kristof, Barb Donnell, Judy Yonkin y Katy Stickane) y del Institute for the Social Sciences (Anneliese Truame y Lori Sonken). He aprendido mucho de nuestros estudiantes de posgrado a lo largo de los años, y necesito agradecer particularmente a Ryan Edwards, Josh Savala, Kyle Harvey, Susana Romero Sánchez, Rebecca Tally, Mónica Salas Landa y Daegan Miller por la gran variedad de comentarios y sugerencias

que me ofrecieron. Estoy especialmente en deuda con mi ex colega Mary Roldán, con quien tuve muchas conversaciones formativas sobre este proyecto, y con Rick López y Mark Overmyer-Velázquez por más de dos décadas de amistad e intercambio intelectual. Además siento que tengo una deuda significativa con tres personas muy especiales: Thomas Kennedy, cuyo trabajo ha sido inspirador y cuyo apoyo ha sido inquebrantable, y que percibió las estrellas titilando en la noche oscura y despejada; Leonardo Vargas-Méndez, con quien he compartido tantas conversaciones sobre Chile, la izquierda y el futuro; y Tamara Loos, excelente intelectual y máxima expresión de amistad y humanidad. Muchas gracias.

Para esta versión en español, agradezco a Víctor Muñoz, Juan Luis Gandulfo, Paulo Slachevsky y todo el equipo de LOM. En particular, tengo que agradecer a Pablo Abufom Silva por el apoyo, la solidaridad y la excelente traducción.

Tal como ha ocurrido durante más de dos décadas, mi familia ha respaldado mis obsesiones. Agradezco muy profundamente a Mary Brock y mi hermana Linda. A su vez, Cynthia Brock ha sabido enfrentar con generosidad mis múltiples viajes a los archivos lejanos y mis hábitos de escritura con un grado extraordinario de paciencia y amor. Además, su propio ejemplo como centinela fiel (véase el capítulo 1) ha sido una fuente de inspiración permanente. Este libro está dedicado a mis padres (en el año número dieciséis de mi propia experiencia parental comprendo cuánto les debo), a mis hijos Connor y Alana, que han convivido con este libro desde el comienzo, y a Anthony, que se nos sumó en el camino. Espero que este trabajo resuene a través de las generaciones.

Un reconocimiento final: en el Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam encontré una impresionante colección de materiales relacionados con el tema de este libro en el archivo de un historiador que, justo después del golpe de Estado de 1973 en Chile, había sido encarcelado,

torturado y eventualmente exiliado de su hogar en Santiago. Había reunido con diligencia este material para su propio trabajo; un trabajo y una vida interrumpidos por una cruel dictadura. En cada carpeta que abría y en cada página que volteaba sentía a Marcelo Segall Rosenmann. Su trabajo permanece inacabado, pero tengo la esperanza de que este libro servirá para dar testimonio de su labor y del hecho de que ningún archivo es creado en vano.

Abreviaciones

AN Archivo Nacional de Chile
IS Intendencia de Santiago
FCAP Fondo Colecciones y Archivos Particulares
JS Judicial de Santiago, Criminal
ARNAD Archivo Nacional de la Administración de Chile
MI Ministerio del Interior
MJ Ministerio de Justicia
BN Biblioteca Nacional de Chile
AE Archivo del Escritor
MRE Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile
AGH Archivo General Histórico
IISH International Institute for Social History (Holanda)
MSR Colección Marcelo Segall Rosenmann
DAS Colección Diego Abad de Santillán
leg. legajo
f. folio

Es evidente que las líneas más generales del proceso histórico resultan de factores que nos rebasan, que no podemos dominar, de los que sólo imperfecta y fragmentariamente tomamos conciencia. Pero no es menos evidente que el carácter de los hechos históricos (y su orientación misma en algunos casos) depende bastante ampliamente de la capacidad de los seres humanos.

Victor Serge, *Memorias de un Revolucionario*

Índice

- [Agradecimientos](#)
- [Abreviaciones](#)
- [Introducción](#)
- [Capítulo 1 Un centinela constante](#)
- [Capítulo 2 Los hermanos Gandulfo](#)
- [Capítulo 3 Santiago subversivo](#)
- [Capítulo 4 Un Estado salvaje](#)
- [Epílogo Vidas más allá](#)
- [Bibliografía](#)

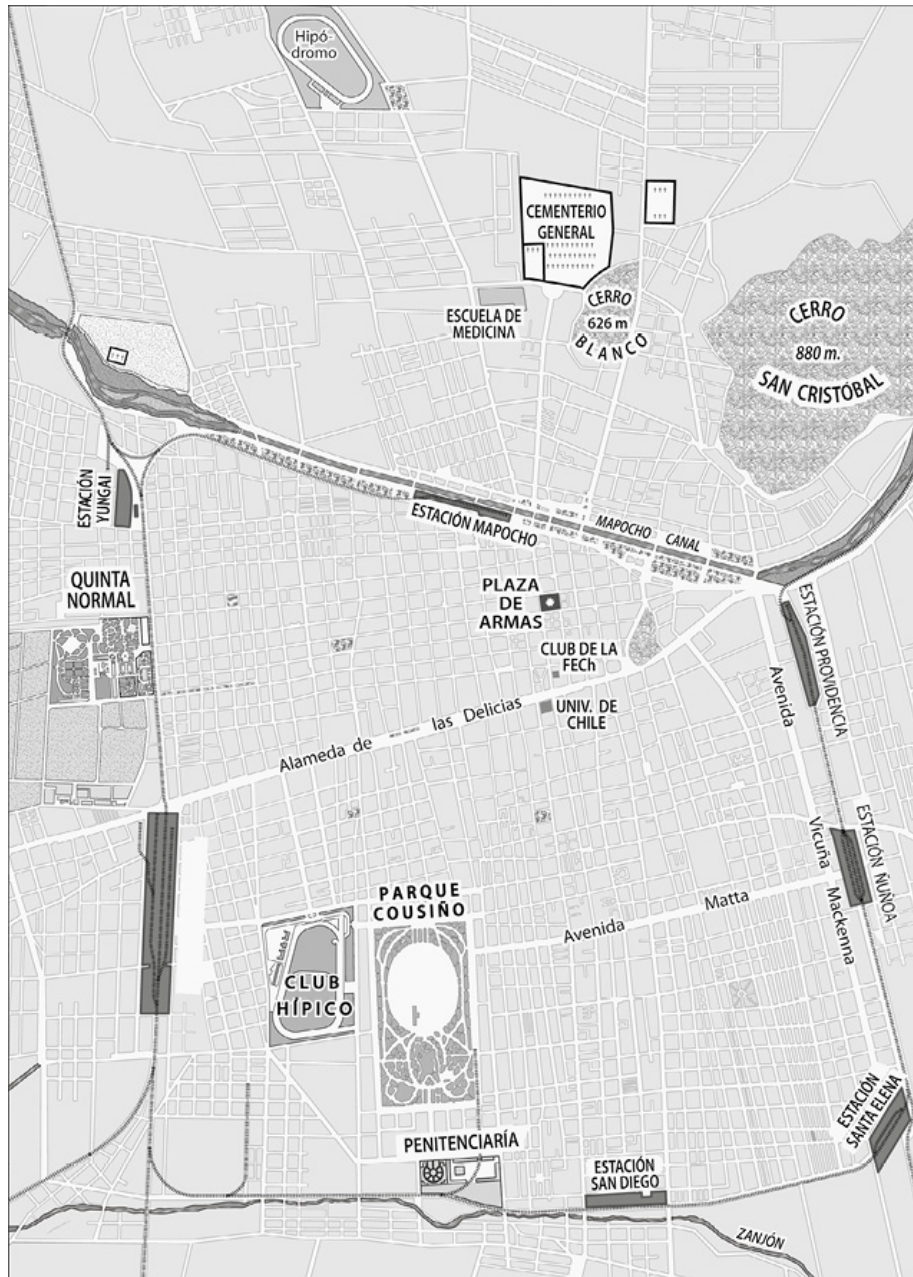


Figura del plano de Santiago, 1920.
Mapa de David Ethridge.

Introducción

Viernes 1 de octubre de 1920

El cadáver del «poeta cohete» se abría camino a través del centro de Santiago. El cortejo fúnebre se extendía a lo largo de quince cuadras y alcanzaba las decenas de miles, un número bastante grande para cualquier funeral. Pero, ¿para un poeta de veinticuatro años, estudiante universitario y funcionario municipal?¹

La procesión había comenzado a la entrada de la sede de la Federación de Estudiantes de Chile (FECh), donde lo despidió Pedro León Ugalde, amigo y defensor de José Domingo Gómez Rojas. Los residentes de las elegantes casas del Paseo Ahumada miraban desde las ventanas y balcones el paso del cortejo hacia el sur de la Alameda, la principal avenida de Santiago, que pronto resonaba con la música que acompañaba la procesión. En una típica y ocupada tarde de viernes, el centro de Santiago se había detenido. Los automóviles circulaban, cada vez más comunes en las calles de la ciudad desde hacía pocos años, pero los tranvías, el medio de transporte más usado y accesible de la ciudad, permanecían en sus estaciones. No volverían a operar hasta la mañana siguiente. Los trabajadores del tranvía, al conocer la noticia de la muerte de Gómez Rojas, habían llamado a un paro con la intención de asistir al funeral². Se sumaron a otros trabajadores, impresores y tipógrafos, carpinteros y pintores, zapateros y vidrieros, miembros de la Federación Obrera de Chile (FOCh), el Partido Obrero Socialista (POS), y, clandestinamente, los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW, también conocidos como *wobblies*), entre otros, para marchar hombro a hombro, como habían hecho reiteradas

veces en los meses y años anteriores, junto a estudiantes de la FECh. Los *wobblies* que no pudieron asistir porque estaban presos en la cárcel de Valparaíso enviaron un ramo de flores para decorar el ataúd de Gómez Rojas, mientras que sus contrapartes en la penitenciaría de Santiago recolectaron fondos para la familia del poeta. El ánimo entre los estudiantes de la FECh, quienes normalmente se hubiesen estado preparando para el festival de poesía, teatro y arte que se realizaba cada primavera en Santiago, era melancólico.

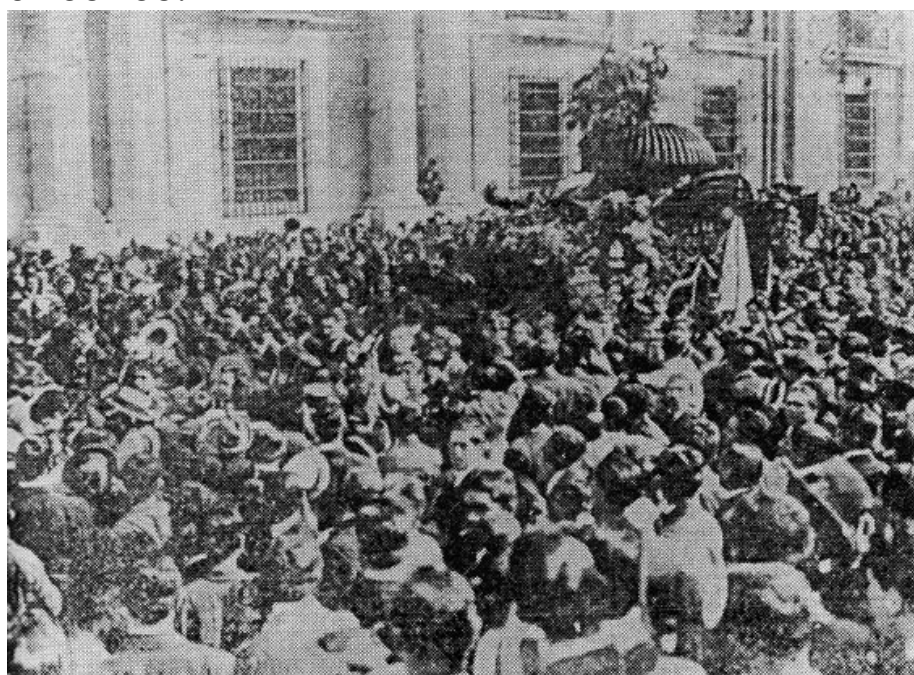


Figura I.1.

Despedida al «poeta cohete»: el cortejo fúnebre de José Domingo Gómez Rojas en Santiago Centro, 1 de octubre de 1920. *Sucesos* (7 de octubre de 1920).

Desde la Alameda, la procesión se dirigió al norte y pasó frente al Palacio de La Moneda. Sólo meses antes, en la víspera del que sería un golpe represivo de tres meses contra supuestos subversivos y que culminaría con la muerte de Gómez Rojas, un senador había atizado las pasiones patrióticas de una multitud, arrojando invectivas y amontonando acusaciones contra la FECh. Sus líderes eran

anarquistas y subversivos, afirmaba el senador. Era un hervidero de sentimientos pro-peruanos; buscaba la destrucción del orden social; sus líderes habían sido lo suficientemente insolentes y temerarios como para cuestionar las políticas nacionales. La multitud en aquel entonces, de casi tres mil personas, se dirigió a la sede de la FECh y causó destrozos al interior, destruyendo la cantina y las mesas de billar, saqueando la biblioteca e incendiando sus archivos y colecciones literarias. En otras palabras, la ruta de la procesión fúnebre era una sucesión de espacios simbólicos, cuyo significado era evidente para todos los participantes y sobre todo para los nerviosos soldados a cargo de las dos ametralladoras montadas que apuntaban a los manifestantes desde el piso del palacio presidencial³.

Desde La Moneda, la procesión continuó hacia la Plaza de Armas, la plaza central de Santiago, donde el hijo de un conocido político conservador había sido asesinado de un balazo sólo horas antes del asalto contra la FECh. Los anarquistas serían culpados por el asesinato y el intendente de Santiago, cuyas oficinas miraban a la plaza, ayudaría a supervisar la respuesta del Estado. Más hacia el norte, la masa de asistentes al funeral se acercaba al río Mapocho, avanzando cuatro cuadras hacia el este de la cárcel pública donde Gómez Rojas, uno de los cientos de individuos que serían detenidos y acusados de subversión, había permanecido en aislamiento, malnutrido, maltratado y torturado.

Después de cruzar el río, el cortejo avanzó por Avenida Independencia y sus incontables residenciales para estudiantes, hacia la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile y más allá del manicomio donde Gómez Rojas pasó sus últimos días, en un delirio inducido por la meningitis, antes de llegar al cementerio de la ciudad. Ya en el cementerio, numerosos oradores dieron un

paso adelante para elogiar al poeta. Estos incluían a Alfredo Demaría, presidente de la FECh; Rigoberto Soto Rengifo, otro estudiante, arrestado en julio y liberado de prisión sólo horas antes del funeral; Carlos Vicuña Fuentes, abogado de muchos de los que habían sido detenidos y quien era abiertamente crítico de la república parlamentaria de Chile; y Roberto Meza Fuentes, director de la publicación literaria y sociológica *Juventud*, cuyo archivo había sido incendiado en su totalidad en los ataques de julio. Otros oradores incluían a conocidos líderes sindicales y miembros del Congreso.

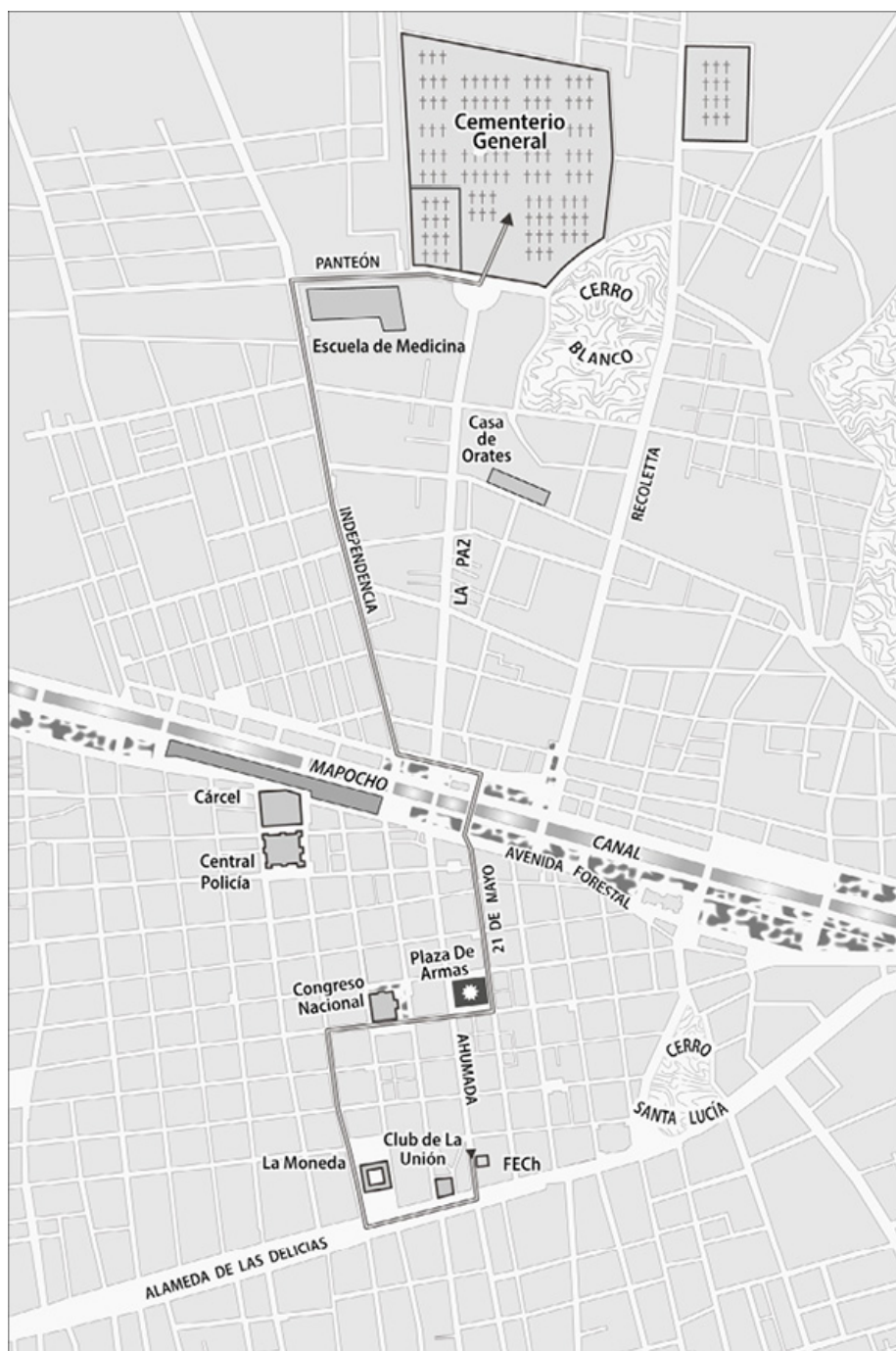


Figura I.2.
Pasaje final: la ruta fúnebre de José Domingo Gómez Rojas. Mapa de David Ethridge.

Igualmente notable era la ausencia de una serie de poetas, estudiantes y trabajadores que consideraban a Gómez Rojas como su amigo y compañero. Estos incluían al

estudiante de medicina y conocido agitador Juan Gandulfo y al tipógrafo Julio Valiente, quienes permanecían recluidos en la penitenciaría, junto con docenas de otros detenidos en las últimas semanas de julio. Valiente había sido una de las primeras bajas, atrapado el 19 de julio, mientras que Gandulfo había logrado ocultarse y había sido capturado recientemente. Otros, como la futura lumbrera literaria José Santos González Vera, permanecían prófugos. González Vera había dejado la capital durante la ola represiva, dirigiéndose a Temuco en el sur, donde se encontraría con un aspirante a poeta y corresponsal de la FECh llamado Pablo Neruda, quien difícilmente olvidaría el asesinato de un camarada poeta. Otros se hallaban en un exilio aún más lejano: hombres como Casimiro Barrios, que había sido expulsado del país bajo una ley de residencia aprobada hacía poco y quien, para la fecha del funeral, se dedicaba a organizar obreros en el puerto peruano de El Callao. Y finalmente, Adolfo Hernández y Evaristo Lagos, dos jóvenes cuyas vidas parecían condenadas a seguir el destino de Gómez Rojas. Detenidos indefinidamente en el manicomio de Santiago, sus estados psicológicos se deterioraban mientras a unas pocas cuadras el cadáver de un poeta y compañero era sepultado⁴.

¿Por qué y cómo fue que José Domingo Gómez Rojas, de veinticuatro años, «aún un niño» como dijo su amigo y futura lumbrera literaria Manuel Rojas, y la joven esperanza de la poesía chilena, como recordaría Pablo Neruda, terminó en una prisión, un manicomio y un cementerio?⁵ Este libro es un intento por responder esa pregunta. No es una biografía de José Domingo Gómez Rojas, aunque este tiene un rol protagónico en sus páginas. Es, más bien, un libro sobre el contexto en el que se dio su arresto, encarcelamiento y muerte, y sobre las experiencias de un número de hombres que consideraba sus amigos y compañeros. El libro recorre cuatro meses del año 1920, en

Santiago, y se trata de anarquistas y aristócratas, estudiantes y profesores, poetas y fiscales, policías y *wobblies*.

La soledad del martirio

«Hay vidas que quedan atrapadas como flores secas entre las páginas de un libro», escribe el historiador y antropólogo Greg Denning, en una preciosa meditación sobre la historia, elaborada a partir de la vida y muerte de un joven marinero, William Gooch. «No quisiera que esta vida de William Gooch fuera así, ejemplar, quieta. Ahora que lo he encontrado, le deseo la resurrección por lo que él mismo fue, no sólo por el uso que yo le daría. Pero su vida no tiene otro monumento que este libro, y por ello está atado a mis propósitos, a mis curiosidades artificiales»⁶. Esta es la bendición y la maldición de la Historia.

A diferencia de Gooch, la breve vida de Gómez Rojas tiene sus memoriales y monumentos. Después de su muerte, estudiantes y trabajadores se aseguraron de que no fuese olvidado. Su personalidad y su poesía condimentan las páginas de los escritos de sus amigos Manuel Rojas y José Santos González Vera, ambos anarquistas y ambos futuros ganadores del premio literario de mayor prestigio en Chile⁷. Décadas después, Pablo Neruda, que había llegado a Santiago sólo unos meses antes del funeral del poeta, inmortalizó el asesinato de Gómez Rojas en sus *Memorias*, destacando que «La repercusión de este crimen, dentro de las circunstancias nacionales de un pequeño país, fue tan profunda y vasta como habría de ser el asesinato en Granada de Federico García Lorca»⁸. En 1983, un movimiento de estudiantes universitarios contra la dictadura de Augusto Pinochet se llamó Grupo José Domingo Gómez Rojas. A lo largo del siglo veinte, el nombre de Gómez Rojas ha aparecido con regularidad en la

prensa chilena, en novelas dentro y fuera de Chile, y en sitios web anarquistas⁹. También ha sido recientemente el tema de una biografía crítica¹⁰. Hay, además, literalmente un monumento a su figura: un parque en un extremo del bohemio barrio Bellavista en Santiago (no muy lejos de una de las casas de Pablo Neruda, *La Chascona*), que lleva su nombre e incluye una pequeña placa dedicada a su memoria.

No hay que hacer mucho para rescatar a Gómez Rojas del olvido. Ha sido recordado. Pero debemos rescatarlo de un destino historiográfico igual de solitario: el martirio. Esto exige no solamente situar a Gómez Rojas en su contexto histórico, sino además extenderse más allá de su biografía para darle lugar a otros cuyas vidas se entrelazaron con la suya, que fueron perseguidos y acosados, o fueron perseguidores y acusadores, para determinar la trayectoria y el carácter de los hechos históricos. Esto incluye a hombres como Casimiro Barrios, un elocuente y vehemente organizador de cuello blanco deportado del país cuando comenzó a desplegarse la represión (tema del capítulo 1); Juan Gandulfo, estudiante universitario, cirujano *wobblie*, e inspiración de toda una generación de activistas políticos, incluyendo a Pablo Neruda y Salvador Allende (quien será junto con Pedro, su hermano menor, el tema del capítulo 2); y el juez José Astorquiza, designado para supervisar la acusación de los supuestos subversivos y el hombre señalado como responsable de la muerte de Gómez Rojas (y, junto al consagrado agitador e impresor anarquista Julio Valiente, el tema del capítulo 3). Luego tenemos al mismo Gómez Rojas, poeta, estudiante, dramaturgo, místico y *wobblie* (nuevamente tema del capítulo 4). Sus historias individuales expresan una realidad colectiva de la vida en Santiago a fines de la década de 1910. Llaman la atención sobre las formas cotidianas de la violencia (el hambre, la enfermedad, el desplazamiento, la explotación, la pobreza,

las lumas de la policía) que caracterizaron a Santiago (y a otras ciudades) y contra las que estos individuos se plantaron, a menudo arriesgando su vida. Es igual de importante para mis propósitos el hecho de que sean un recordatorio de la labor cotidiana de organizar y el trabajo cotidiano de mediar entre la teoría y la práctica, que se hallan en el corazón de una política emancipadora. Estas son historias de militancia que no se definen por lanzar bombas o llevar a cabo asesinatos, sino por el trabajo duro de organizar, protestar, comunicarse y elaborar la resistencia durante meses y años. Juntas, son sus historias las que inauguran el acontecimiento conocido como «el proceso a los subversivos» y revelan, tras una historia de represión y un relato de tragedia individual, una historia colectiva de lucha, militancia y esperanza¹¹.

Las historias aquí presentes también son un recordatorio de que, en Chile, la experiencia de la represión, la falta de libertades y la violencia no se restringe al infame golpe de Estado de 1973¹². En el periodo inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial, las tensiones sociales y económicas que habían sido controladas poco tiempo antes, al menos parcialmente, amenazaban con estallar, una impresión que se profundiza cuando se observa el ascenso político de una amorfa clase media y la integración política de la clase trabajadora. Dado el contexto, «el país no puede ser ya gobernado como un feudo de unas cuantas familias afortunadas», proclamaba un diputado en el Congreso¹³. Como en gran parte del mundo en ese entonces, de Barcelona a Pekín, de Sidney a Atlanta, la combinación de recesión de posguerra, crisis política e inspiración revolucionaria creó una embriagadora mezcla de posibilidad para algunos y temor para otros¹⁴. Lo que vino fue la violencia. Pese a los reiterados esfuerzos por parte de muchos por criminalizar a las voces opositoras, y de caricaturizar a los anarquistas y otros como progenitores

de la violencia, fue la clase dominante de Chile la que escogió la fuerza sobre la ley. También había estado presente por mucho tiempo la violencia estructural de un sistema radicalmente desigual: la violencia del Estado, del capitalismo y del sistema de salarios, desplegado plenamente en los años de posguerra. En el medio de este tumulto, el advenedizo candidato Arturo Alessandri asumió la presidencia, abriendo un tibio periodo de reformas sociales y laborales que fue frenado por un golpe militar y la redacción de una nueva Constitución en 1925. Pese a los esfuerzos colectivos de trabajadores, estudiantes, profesores y empleados de cuello blanco por afirmar su capacidad política como ciudadanos y por modelar el futuro del país, las reformas de Alessandri y la Constitución de 1925 fueron impuestas desde arriba, ahogando las esperanzas de cambio radical en un sistema moribundo¹⁵. Medio siglo después, esta misma Constitución sería vista por Augusto Pinochet como el comienzo de la decadencia del país, y él y sus co-conspiradores iniciarían una persecución aún más cruel y duradera de los así llamados subversivos. Al mismo tiempo, estudiantes y trabajadores recuperarían e invocarían el nombre de José Domingo Gómez Rojas, puesto que buscaban escapar de los confines de la dictadura y sus esfuerzos por obliterar la memoria¹⁶.

Curiosidades artificiales

Así como hay monumentos, también hay «curiosidades artificiales»: artificiales en el sentido de que los historiadores no pueden sino reconocer sus propios intereses en las vidas que eligen narrar, las preguntas que los conducen a dichos sujetos, las curiosidades que los atraen a los archivos y los contextos en los que escriben. Abordo una multitud de curiosidades en los capítulos siguientes, pero hay dos intereses que los guían y merecen

al menos una breve mención: las historias de estudiantes y de anarquistas.

Cualquiera que haya leído un periódico en la última década se ha encontrado en algún punto con un artículo sobre política estudiantil en Chile. Desde el «mochilazo» de 2001 hasta las insurgencias estudiantiles de 2011, pasando por la «revolución pingüina» de 2006, las últimas dos décadas han visto cómo los estudiantes secundarios y universitarios de Chile modifican dramáticamente los contornos políticos de la vida y el debate nacional, e inspiran a otros más allá de las fronteras chilenas. A menudo estos movimientos fueron canalizados a través de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECh), aunque no dependieron de ella. Pese a estos movimientos, y pese a la atmósfera altamente politizada de la mayoría de las universidades públicas en toda América Latina, los estudiantes universitarios y sus actividades políticas han sido objeto de estudio sistemático sólo en contadas ocasiones, particularmente entre investigadores estadounidenses y europeos que se dedican a estudiar América Latina. Las pocas veces en las que se ha investigado, usualmente ha sido en relación con los levantamientos de los sesentas y después, vinculando implícitamente la política estudiantil con la literatura de los nuevos movimientos sociales que caracteriza la época¹⁷. Ni 1968, ni las recientes movilizaciones carecen de precedentes. Los estudiantes han tenido una duradera tradición de organización y agitación política, que ha sido obliterada involuntariamente por el enfoque y el lenguaje asociado a los «nuevos movimientos sociales» y el pasado más reciente¹⁸. Durante gran parte del siglo veinte, las universidades públicas en toda América Latina han sido los principales lugares para la formación política de los futuros líderes civiles, intelectuales y activistas políticos. También han sido espacios para un cuestionamiento radical de dicha

herencia formativa. En Chile, fue a menudo en la Universidad de Chile donde los futuros líderes e intelectuales se iniciaron políticamente, en organizaciones como la FECh; otros aprendieron de política con la clase obrera, con la que interactuaron cotidianamente en las calles de Santiago, o en cafés, salones de reuniones y sedes sociales, incluyendo la de la FECh.

Hacia 1919 y 1920, la FECh se había convertido en una organización y su sede era un espacio físico donde se reunían, conversaban, estudiaban y encontraban una causa común no sólo estudiantes universitarios cada vez más radicalizados, sino también ex estudiantes, obreros y trabajadores intelectuales. Estas alianzas causaban perturbación en los pasillos del palacio presidencial y el Congreso. Un abogado exiliado (en tiempos de Ibáñez) recordaba que, por toda la ciudad, estudiantes, poetas, trabajadores, jóvenes intelectuales y otros «se reunían, discutían, escribían, pronosticaban y se organizaban en una marea apocalíptica que horrorizaba a una enervada aristocracia»¹⁹. En un mundo transformado por una guerra mundial y una revolución socialista, y en un país que experimentaba una crisis de legitimidad política, dichas interacciones parecían cada vez más amenazantes y constituían un desafío para la lógica vigente de las identidades y relaciones sociales²⁰. En una palabra, eran subversivas.

Subversión, al igual que *terrorismo*, es un término que rara vez se define claramente, mucho menos por parte de quienes lo usan para justificar políticas represivas y que atentan contra la libertad. Su atractivo emana de su ambigüedad exculpatoria. En el Chile de comienzos de siglo, como en gran parte de Europa durante el mismo periodo, subversión era sinónimo de anarquismo, un término igualmente mal definido²¹. Quienes ostentaban el poder usaban los términos «subversivo» y «anarquista»

como un medio para deslegitimar una variedad de voces políticas opositoras, desde el tibio reformista al revolucionario inflexible, y como un medio para legitimar sus propias violaciones de la ley.

El anarquismo, como praxis política y como tema de investigación académica, ha experimentado un merecido resurgimiento en los últimos años, aunque pueda decirse que nunca se ha ido sino que se le ha dejado de reconocer como tal²². Esto es cierto tanto para Chile como para el resto del mundo²³. De hecho, en los últimos años, la política y las organizaciones anarquistas en Chile han estado al frente de la protesta social y han sido objeto de esperables distorsiones y caricaturizaciones por parte del *establishment* político y los medios²⁴. Fuera de Chile, las caricaturas y las distorsiones persisten. Comentaristas de todo el espectro político insisten en promover una imagen de los anarquistas como poco más que la concatenación inarticulada de nihilistas lanza-bombas, radicales incoherentes y desorganizados, y jóvenes de clase media enfermos de insatisfacción burguesa. La propia teoría política liberal establece los márgenes dentro de los que el anarquismo sólo puede ser imaginado como una aberración o una fantasía²⁵. Otros compañeros de ruta dentro de la izquierda no han sido más amables: el perfil del marxismo del siglo veinte ha echado una larga sombra sobre la historia de la izquierda, y en retrospectiva el anarquismo aparece, si es que aparece, como un hijastro inmaduro en la tradición marxiana²⁶. Inmaduro, impaciente, incoherente, su única contribución teórica parece ser su prescindencia de lo teórico. Sin embargo, el anarquismo fue, y sigue siendo, mucho más de lo que ambas perspectivas le permiten ser. Para empezar, fue una poderosa fuerza política e intelectual a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Nada más ni nada menos que el historiador marxista británico Eric Hobsbawm, de quien no

puede decirse que muestre mucha simpatía, llegaría a señalar que la izquierda revolucionaria de comienzos del siglo XX fue liderada principalmente por anarquistas y anarco-sindicalistas²⁷. Algunos de los pensadores científicos e intelectuales más destacados del mundo también fueron teóricos y practicantes anarquistas: hombres como Piotr Kropotkin, Elisee Reclus e Iliá. Méchnikov y, si nos extendemos un poco, Oscar Wilde y Henrik Ibsen, entre muchos otros²⁸. El anarquismo hizo eco en una amplia variedad de radicales en términos políticos, sociales y culturales: anti-colonialistas, trascendentalistas y organizadores sindicales, entre muchos otros²⁹. También tuvo sus limitaciones. Por ejemplo, se buscaría en vano siquiera una referencia a las luchas y persecución del pueblo mapuche en los escritos y discursos de los anarquistas chilenos en las páginas de este libro.

Llegado este momento, cabe una advertencia: en lo que sigue asumo una perspectiva amplia sobre el anarquismo. El hecho es que algunos de los individuos que habitan las páginas de este libro (Armando Triviño, Manuel Silva, Juan Gandufo y otros) se describían a sí mismos como anarquistas, anarco-sindicalistas o anarco-comunistas. Se oponían a lo que veían como las crueles ficciones de la democracia representativa y el sistema de partidos; se rehusaban a votar; promovían el control obrero de los medios de producción; y combatían por la abolición del Estado, las jerarquías y el sistema de salarios. Otros, como Casimiro Barrios y Pedro Gandulfo, ni adherían ni rechazaban el término, sino que lo comprendían como parte de una orientación o lucha más amplia por la emancipación y la igualdad. Leían obras anarquistas, se organizaban con los anarquistas y a veces se describían a sí mismos con palabras que nos recuerdan una posición anarquista, y aún así pertenecieron a organizaciones que se definían como socialistas; imaginaban un cambio

revolucionario pero no se oponían a la lucha por reformas dentro del sistema político existente; podían ser políticamente eclécticos sin caer en la incoherencia ideológica. En retrospectiva, podría decirse que su política tenía poco de «anarquista», pero también estaríamos asumiendo un punto de vista demasiado estrecho y anacrónico. El anarquismo era, para ellos, una parte fundamental de su vocabulario político y su horizonte ideológico. Por lo bajo eran anarquistas por afinidad y lo veían como una parte crucial de la tradición más amplia de la izquierda que encontraba, en primer lugar y sobre todo, un enemigo común en la vieja aristocracia, la nueva burguesía y el Estado sobre el que ambas dependían para su riqueza y poder. Una cita muy conocida del anarquista Gustav Landauer puede servirnos para comprenderlos mejor: «El Estado no es algo que pueda ser destruido mediante una revolución, sino una condición, una cierta relación entre seres humanos, un modo de comportamiento humano; lo destruimos al contraer otras relaciones, al comportarnos de otro modo»³⁰. La política revolucionaria a la que adherían debe tomarse muy en serio, pero también las relaciones que crearon y sus modos de conducirse como seres humanos.

En ciertas ocasiones, el término *anarquismo* era la palabra más adecuada para describir un anhelo, una aspiración, algo casi «poético», como escribiría Manuel Rojas, quien fuese anarquista toda su vida.

Es un ideal, algo que uno quisiera que sucediese o existiera, un mundo en que todo fuese de todos, en que no existiese propiedad privada de la tierra ni de los bienes; por eso lo primero que hay que hacer cuando llegue la revolución es quemar el Registro de Bienes Raíces; en que el amor sea libre, no limitado por leyes, sin policía, porque no será necesaria; sin ejército, porque no habrá guerras; destruyendo la propiedad se acaban

las guerras; sin iglesias, porque el amor entre los seres humanos habrá ya efectivamente nacido y todos seremos uno. Algo más también, pero esto es lo esencial³¹.

Así, los protagonistas de este libro abrazaron una variedad de posiciones anarquistas, desde perspectivas individualistas asociadas con Max Stirner y Friedrich Nietzsche al anarco-comunismo de Piotr Kropotkin, o al sindicalismo de la IWW. Estas perspectivas no eran percibidas como excluyentes, ni diferían sustancialmente en su resultado esperado: el fin del capitalismo y el Estado, y la consecución de la libertad individual y la igualdad colectiva de manera simultánea (más que secuencialmente).

La idea de una ortodoxia de izquierda a comienzos del 1900 es problemática, y una variedad de orientaciones se entrecruzaban de formas que contradicen la asignación fácil de algún «-ismo» en particular³². En Chile, al menos, existía una «izquierda amplia», que era inclusiva, anti-categorica, pluralista, dentro de la que a menudo se difuminaban las distinciones doctrinarias³³. Esto no quiere decir que no existiesen diferencias, sino que éstas no estaban ni tan bien definidas ni eran tan inflexibles como parecen a posteriori, algo cierto tanto en el periodo de entreguerras como hoy. Demasiado a menudo las terminologías se convierten en una abreviación lingüística que le hace poca justicia a la complejidad y el alcance de la praxis política. Los agitadores y organizadores de la izquierda frecuentemente repudiaron la rigidez ideológica y la ortodoxia, sin abandonar jamás su compromiso con un futuro socialista caracterizado por ideales de libertad individual e igualdad social. Más que taxonomías, como si los sueños, prácticas e ideales de las personas pudiesen catalogarse y etiquetarse con facilidad como mariposas o escarabajos muertos, lo que necesitamos son historias humanas convincentes, contradictorias y contingentes. Si

esto suena demasiado poético, entonces digámoslo de forma más prosaica: anarquistas o no, ¿qué hacían aquellos acusados de actividades anarquistas y filiaciones subversivas? ¿Qué ideas promovían? ¿Qué acciones, si hubo alguna, los llevaron a prisión en 1920?

Puesto que se concentra solamente en la ciudad de Santiago, podría parecer que este trabajo va contra la corriente del giro reciente hacia lo transnacional. Sin embargo, el estudio de una sola ciudad puede ser tan transnacional como el estudio de múltiples lugares en todo el globo o los viajes cosmopolitas de un individuo. La realidad sincrónica de la modernidad (engendrada por las dramáticas transformaciones tecnológicas en transporte, finanzas y comunicaciones) y de la producción capitalista inauguró una era reconociblemente globalizada de la que muy pocas regiones se encuentran exentas³⁴. Esa misma realidad engendró las formas del anarquismo y del anarcosindicalismo al que adhirieron los protagonistas de este libro. De hecho, dentro de los primeros y más persistentes críticos del Estado-Nación encontramos a los anarquistas, incluidos los de Santiago de Chile³⁵. Los inspiró e impulsó una serie de ideas que provenían de lugares muy distintos; los definieron las fuerzas estructurales de las finanzas, el intercambio y la extracción globales; se vincularon a través de lazos transnacionales de solidaridad y una empatía con el anti-imperialismo. Como afirmó el geógrafo anarquista Piotr Kropotkin, tenían plena conciencia de «la inmensa similitud que hay entre las clases trabajadoras de todas las nacionalidades»³⁶. Los lugares que habitaron habían sido configurados e inundados por las influencias e ideas de todas partes. En otras palabras, el mundo estaba allí en Santiago.

Pero *Santiago* también estaba allí, en Santiago. Las especificidades de la producción, la industria, las relaciones sociales, la planificación urbana, las políticas